
La Mejor Historia

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 5666

Título: La Mejor Historia

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 5 de noviembre de 2020

Fecha de modificación: 5 de noviembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Mejor Historia

Cuando el temporal se instala es como visita de vieja chismosa que llega a una estancia y no se marcha hasta haber agotado el repertorio de las murmuraciones. Eso puede durar una semana, diez días, quince, quizá un mes, según las actividades y la facultad de inventiva de la cuentera. Cuando la dueña de casa comienza a desinteresarse de sus chismes, ha llegado el momento de marcharse, y se marcha en busca de otro auditorio, como hacen las compañías de cómicos que vagan por los escenarios lugareños ajustando la duración de cada estada al termómetro de la taquilla.

Los temporales obran de parecida manera. Rugen, castigan, devastan y mientras ven angustiados a los hombres y a las bestias, persisten en su obra perversa. Empero llega el día en que bestias y hombres se habitúan al azote y no hacen ya caso de él; entonces, imitan a la vieja murmuradora y a los cómicos trashumantes: cierra sus grifos, lía sus odres y se marcha.

Mas en tanto que los vientos braman y los aguaceros latigean los campos e inflan los vientos de los arroyos, quedan paralizadas las faenas camperas.

Picar leña y pisar mazamorra dentro del galpón no constituían entretenimiento verdadero; y componer o confeccionar «garras», era imposible, pues sólo un maturrango ignora que no se pueden cortar tientos ni trabajar en guascas en días de humedad.

Fuerza es holgar, «pegarle al cimarrón» y contar cuentos, haciendo rabiar de despecho al temporal.

Cierto invierno se desencadenó uno de éstos—allá por el litoral uruguayo de Corrientes—tan singularmente obstinado, que la peonada numerosa de la estancia del Urunday, en Monte Caseros, había agotado el repertorio; y ya ahitos de agua verde, maíz asado y tortas fritas, se aburrían, bostezando hasta «descoyuntarse las quijadas», cuando don Ponciano propuso:

—Que cada uno 'e nosotros cuente su propia historia.

—¡Linda idea!—apoyó uno; y Juan José adhirió diciendo:

—¡Me gusta!... y si permiten, punteo yo.

—Dale guasca, no más.

—Güeno—comenzó el narrador;—aunque no tengo más que veinticinco años...

—Sin contar los que mamaste y anduviste a gatas—interrumpió Toribio, motivando una réplica violenta de Juan José:

—¡Si quieren oír, oigan! y si no, que enfrene y largue otro, que ni el mejor parejero corre cuando se l'enrieda un cuzco en las manos...

—Tenés razón: seguí viaje.

—V'a ser corto. Mi han contao que yo nací en una madrugada oscura en que los rejucilos s'enredaban como pelota 'e gusanos, y era, pa mejor, un viernes santo, que cayó en 13...

—¡La ocurrencia, también, de la finaíta tu mama!...

—...y de juramento eso me puso la marca 'e la desgracia, condenandomé a dir trompezando en tuito el camino 'e la vida.

—Flojo 'e tabas...

—No les v'ia contar tuitas las rodadas que he pegao...

—Hacés bien.

—...ni tuitas las disgracias que se ma han ido clavando en el alma hasta dejarmelá de un todo tullida; pero la última jué la que me dió contra el suelo.

—¡Dejuro!... siempre es la última copa la qu'emborracha...

—Pal trabajo...

—Oí contar que habías jurao matarlo al que lo inventó, ande quiera que lo encontrases...

—...nunca tuve suerte, y pal juego menos entuavía. Pa l'único que juí afortunado jué pa las mujeres. En los bailes se me solían amontonar las novias como tropilla, y en más de una ocasión me vide negro pa desenredarme en el entrevero...

—¡Vamos mintiendo!...

—...Pero de tuitas, a la única que quise de verdá jué a Marculina Paz y se murió cinco días antes del señalao pal casorio...

—¡Qui en paz descanse!...

—Y dende ese día...

El narrador continuó enhebrando lástimas, y cuando hubo terminado, otro entró en liza, y luego otro, hasta quedar solamente «Yacaré», un correntino taciturno,—más que taciturno, impassible,—capaz de pasarse dos días sin desplegar los labios, de los cuales nunca nadie oyó una expresión de alegría ni de pena, de contento ni de desagrado.

Y como no diese indicios de tomar parte en el torneo, don Ponciano lo espoleenó:

—¡A ver, «Yacaré», contá vos también tu historia!...

Tras varios minutos de silencio, el correntino, con la vista baja, siguiendo las líneas de las arabescas que dibujaba en la ceniza el dedo gordo de su pie derecho, respondió:

—lo no tengo historia.

—¿Quiénes fueron tus padres?

—lo no sé.

—¿Dónde nacistes?

—Tampoco sé.

—¿No has tenido novia?

—Nunca novia no tuve, no.

—Pero alguna cosa te ha de haber pasao en la vida!...

—Nada nunca me pasó.

—¿Y qué has hecho durante los años que has vivido?

—¿Y qué hi di hacer?... Lo mismito qui haré hasta qui muera: trabajar, pitar, comer, dormir... Nada más nunca no hice...

Callaron todos; y tras prolongado silencio, sentenció don Ponciano:

—¡Esa si qu'es la mejor historia!

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.